

dosenos solamente la síntesis de Justino, que se fecha en torno al año 200 d.n.e. y en la que sin duda se omiten muchos aspectos y hechos tratados en aquélla; además, se deduce de dicha documentación el hecho de que Justino tiende a dejar en el olvido la historia más remota por no interesar demasiado a la audiencia de su época.

Por su parte el capítulo 3 (pp. 49-60) está dedicado a desentrañar la concepción del espacio geográfico (ámbito geográfico) en la obra de Pompeyo Trogo, identificando los lugares y orígenes (*situs* y *origines*) descritos en la misma. En cuanto a los aspectos vinculados a los problemas cronológicos, cuyos datos se desprenden en gran medida del *Epítome* de Justino, así como los sincronismos, se nos exponen claramente en el apartado siguiente (pp. 61-92).

Posiblemente sean los dos capítulos finales los más interesantes: en el primero de ellos se analiza la interpretación de la historia universal expuesta en las *Historiae Philippicae* teniendo presentes las cuestiones imbricadas en la periodización de los imperios universales (pp. 93-110); en este contexto se introduce la noción de *fortuna*, que contrapone a *virtus* como tópicos interpretativos en el ascenso de ciertas potencias (Macedonia, Alejandro Magno...) (la conversión de Roma en potencia mundial sería obra de la primera y no de la segunda).

El librito se cierra con una interpretación de la ideología de Pompeyo Trogo, analizando primero su formación intelectual y a continuación (pp. 111-119) su pensamiento político y sus concepciones etnográficas, a pesar de que no nos presenta una estructura sistemática acerca de lo que significaban los bárbaros.

La clara exposición de esta obra se cierra con una selección bibliográfica (pp. 121-123) sumamente escogida por parte de su autor, en la que se puede constatar el interés por el tema que ha venido poniendo de manifiesto en los últimos años, tratando de desentrañar todos los aspectos de la obra de Pompeyo Trogo, cuya síntesis nos presenta aquí con suma pulcritud.

Narciso Santos Yanguas

P. JAMES, *Siglos de oscuridad*, Ed. Crítica (Arqueología), Barcelona, 1993, 414 pp. + 13 mapas, 85 fgs., 19 láminas y 20 cuadros.

El presente trabajo, que cuenta con un prólogo de C. Renfrew, está planteado como un desafío a la cronología del mundo antiguo en una etapa

muy concreta de las décadas finales del milenio II y los siglos iniciales del I a.n.e.; con este objetivo se pasa revista sucesivamente a la evolución de las fases cronológicas correspondientes a dicho periodo histórico en los diferentes países de la cuenca mediterránea, incluidos los orientales, y teniendo en cuenta en todo caso lo que supone el axioma tradicional *ex Oriente lux*.

Se trata de definir, por consiguiente, los parámetros propios de esos denominados siglos oscuros de la historia oriental, griega y romana (mediterránea en general), teniendo presente sobre todo la contribución que la arqueología ha aportado a tales fines, tanto en lo que se refiere a la cronología absoluta como a la relativa (pp. 15-19).

Tomando como punto de referencia el hecho de que la datación constituye la columna vertebral de la historia, se analiza la ordenación del pasado, haciendo hincapié en el problema representado por el polémico puñal de Stonehenge o el intento de realizar una historia monumental de Egipto en las centurias precedentes, llevando a cabo por tanto una especie de historiografía de la reconstrucción cronológica en dicho sentido (pp. 25-36).

Por su parte, la arqueología (y cronología) griega se vincula con el problema representado por la llamada "máscara de Agamenón", encontrada hace más de un siglo, así como el debate en torno a la cultura micénica, sin olvidar en ningún caso sus conexiones con Italia; como colofón el método del radiocarbono acabaría con la teoría difusionista de la cultura (pp. 37-47).

Esta problemática cronológica abarca igualmente al Occidente europeo, sobresaliendo en primer lugar los aspectos relacionados con los orígenes de Roma y el periodo significado por los siglos oscuros del Bronce final en territorio itálico, sin desdeñar en ningún caso la realidad histórica de Sicilia, que implica al parecer la existencia de necrópolis sin presencia de asentamientos en dicha época (pp. 48-59). En este mismo marco se encuadran los interrogantes históricos planteados por las islas itálicas (Lípari y los ausonios, Malta después de los templos, y las torres nurágicas y los bronceos de Cerdeña), cuya datación resulta oscura y móvil en el devenir de la historia de dichos territorios (pp. 59-66).

Además, el Mediodía peninsular ibérico (y sin duda también el resto del territorio) se conecta igualmente con estos problemas cronológicos, distinguiéndose los interrogantes planteados por la configuración, desarrollo, organización y encuadre temporal del reino de Tartessos, así como los correspondientes a la presencia de los fenicios en Occidente, y de los griegos en el litoral mediterráneo hispano (pp. 67-73), sin olvidar el "desfase tempo-

ral" que la presencia de fenicios y cartagineses trae consigo en el territorio norteafricano.

La presencia de los griegos en los Balcanes se relaciona con los contactos de la cultura helénica con el interior europeo, encuadrándose también en este contexto la historia de Troya y el significado de las importaciones griegas en dicho suelo; a este respecto destaca la relación existente entre yacimientos y estratigrafía, denotando la presencia de una cultura dependiente, durante el Bronce final y la primera Edad del Hierro, en dicha región (pp. 74-84).

Esta complejidad se acentúa todavía más con respecto a la denominada Edad oscura griega, en cuyo caso los motivos decorativos parecen marcar las pautas de explicación. Se parte para ello del colapso representado por la civilización cretense y la revitalización de los trabajos en marfil, para centrar el análisis de la cerámica pintada, en la que se descubre una continuidad en su decoración, al tiempo que bronces y modelos cerámicos presentan rasgos de herencia cultural (no debemos olvidar el peso representado por la introducción del alfabeto) (pp. 87-100).

Por su parte la arquitectura griega de la Edad oscura viene definida por los palacios, casas y templos; en este sentido el registro estratigráfico documenta las características de dichos monumentos en centros urbanos tan significativos como Micenas, Tirinto y Atenas, sin olvidar la secuencia lacónica del Peloponeso o algunos yacimientos insulares, como el de Lefkandi en Eubea (pp. 100-107).

Sin embargo, será la cronología en Grecia en época geométrica la que mejor marque los contrastes: en primer término destaca la revalorización del periodo arcaico, así como la relación existente entre la datación de la colonización occidental y el final del geométrico; el panorama se completa con los hallazgos geométricos en Israel y la contribución fenicia a partir de la aportación de Tiro, lo que parece introducimos en la amenaza de un tiempo inexplicable (pp. 108-122).

El Imperio hitita es objeto de una nueva datación partiendo del principio de que se trata de un desarrollo histórico sin base arqueológica clara; por otro lado esa misma evolución de la historia de los hititas se califica como "resplandor crepuscular", planteándose la cuestión de si se trata de una edad oscura o de una edad de oro. Como aspectos puntuales se analizan los casos de la ciudad de Carkemish, capital hitita de Siria, o el enigma de la puerta de los leones, o la continuidad de la monarquía hitita, lo que nos pone en contacto con el periodo oscuro de la historia de la península de Anatolia en su parte central (pp. 123-147).

En el caso de Chipre el análisis de la cerámica conduce igualmente a la controversia cronológica, partiendo del hecho de que el final de la Edad del bronce se corresponde con una cita con la catástrofe, a la que seguiría la fase del Hierro antiguo, la fundación de la nueva ciudad y la llegada de los fenicios como etapas oscuras; el denominado silabario del bardo nos conecta con el nacimiento de la cronología chipriota (Gjestard), constituyendo la cerámica pintada negra sobre fondo rojo un elemento de datación imprescindible (pp. 148-165).

A su vez la arqueología bíblica en Palestina se relaciona con la Tierra Prometida, la Biblia según Egipto, el regreso de Babilonia y las llamadas cartas de Lakish (Lakish III: ¿Senaquerib o Nabucodonosor?), los últimos reyes de Judá y la conquista asiria (pp. 166-188). La época oscura en Palestina se plantea desde el interrogante de si nos hallamos ante un asentamiento israelita o ante una monarquía dividida; a ello se añade el esplendor del reinado de Salomón, incluido el problema de sus minas perdidas (pp. 188-201).

La cuestión de los años vacíos de la historia se extiende igualmente al suelo de Nubia, que pasa a convertirse de colonia en reino, a pesar de que los dinastas que la representan gobernarían sobre una zona desierta, lo que hace sumamente difícil poder aclarar el proceso histórico de esta etapa oscura (pp. 202-215).

El centro del problema cronológico se sitúa sin duda en Egipto de acuerdo con los elementos propios de una datación en perspectiva; para lograr una fechación relativa se parte de la posición de la estrella Sirio, teniendo presentes igualmente las anotaciones lunares (en fase creciente) con el fin de datar cronológicamente el Imperio Nuevo (pp. 216-225). La duración del Tercer Periodo Intermedio constituye el centro de la polémica, planteándose el problema del arte y monumentos egipcios intemporales en dicha fase histórica; las fuentes documentales procedentes del enterramiento de los toros Apis, los registros genealógicos, el escondrijo de Inhapi, las tumbas reales de Tanis y la presencia de funcionarios en Tebas nos acercan al planteamiento de una nueva cronología egipcia (pp. 226-250).

El estudio se cierra con el análisis de los enigmas de la arqueología mesopotámica: la aventura asiria ha permitido la resurrección de la historia de Mesopotamia con trabajos que arrancan del siglo XIX y suponen un paso en la oscuridad si tenemos en cuenta el vacío existente en las fuentes arqueológicas (pp. 251-262). La decadencia asiria y la expansión aramea afloran el problema de la ciudad de Babilonia, a la que se llega a calificar como ile-

trada. En este mismo contexto sobresalen los interrogantes acerca de la ocupación humana del golfo Pérsico como una fractura en el pasado del Irán antiguo, teniendo presentes las relaciones existentes entre cronología y clima (pp. 262-276).

Para encontrar solución en el mundo antiguo a estos interrogantes cronológicos, que rayan con la exageración, se ofrece la posibilidad de la existencia de una raza dinástica en Egipto, lo que contrasta con la visión asiria del pasado de acuerdo con los objetivos de su lista real y con la más que probable presencia de corregencias y dinastías paralelas; todo ello nos vincula con sincronismos o argumentaciones circulares, que parecen imposibilitar una fechación absoluta en el caso de Egipto (pp. 277-293).

¿Cómo entender entonces el final de las edades oscuras en la Antigüedad? En primer término se hace preciso analizar las causas que llevan a calificar a estos siglos como oscuros, pues si bien parece claro el ocaso de la civilización no lo es tanto la duración tan prolongada que dicha recesión traería consigo; en este sentido hemos de tener en cuenta que se produciría un renacimiento con más vigor, en el que desempeñarían un papel fundamental algunos materiales perecederos y otros heredados. De esta forma la nueva teoría, conectada con una cronología más baja, hace desaparecer las controversias planteadas por los investigadores al respecto (Torr contra Petrie sobre la civilización micénica; Gjestard y Gierow contra Müller-Karpe y Peroni acerca de los orígenes de Roma; Francis y Vickers contra los tradicionalistas sobre la cronología de Grecia arcaica; Albright y Akurgal contra Frankfort acerca de la fechación del arte asirio; Kenyon contra Wright sobre la cerámica de Samaria...), así como la existencia de esos hipotéticos siglos de oscuridad (pp. 294-302).

Una serie de apéndices (4) dedicados a los métodos de datación, como la dendrocronología y el radiocarbono (pp. 303-307), las teorías de los griegos y romanos acerca de su propia cronología (pp. 308-315), y la fechación de la historia mesopotámica, basada en las denominadas tablillas de Venus de Ammizaduga y la datación de la I dinastía de Babilonia (pp. 316-319), o la sincronía entre Egipto, Mesopotamia y los hititas durante el periodo del Bronce final (pp. 320-323) completan este trabajo, cuyas notas al pie de página ocupan una amplia extensión (324-364).

Por su parte una selección bibliográfica muy abundante (pp. 365-391), junto con un índice alfabético (pp. 392-404), así como los correspondientes a cuadros, mapas, figuras y láminas cierran este estudio, que trata de explicar (y lo logra en buena medida) periodos extensos de la historia de los países

mediterráneos (orientales, Grecia, Italia, Península Ibérica y Norte de Africa) para los que no disponíamos de suficiente base documental que mantuviese las teorías tradicionales de fechación.

Estas fases de la historia antigua, conocidas en todos los casos como edades oscuras de los territorios correspondientes, pertenecen a la etapa del Bronce final, tomando como punto de referencia los textos egipcios, en los que se vislumbra un desarrollo histórico durante el Tercer Periodo Intermedio demasiado amplio (más de 2 centurias de lo que realmente le correspondería).

En el caso de Grecia esta reducción de la cronología en aproximadamente 250 años explicaría fenómenos como la desaparición de la escritura en los años finales del Bronce y su reaparición casi 3 siglos después, o la reutilización de los motivos decorativos de la cerámica (carros, escudos y armas) con un intervalo en torno a los 300 años; igualmente la llamada edad oscura griega apenas se prolongaría a lo largo de 2-3 generaciones, lo que nos permite pensar que Homero pudo describir con toda minuciosidad y detalle los acontecimientos de la guerra de Troya al haberse producido el colapso de las civilizaciones correspondientes al Bronce final, no hacia el año 1200 sino alrededor del 950 a.n.e.

Otros muchos interrogantes históricos de la edad antigua de la cuenca mediterránea pueden encontrar solución en este contexto, como la contemporaneidad de David y Salomón con el faraón Ramsés II de Egipto, al tiempo que la fundación de Roma pudo haber tenido lugar en el 750 y no en el siglo X como se viene afirmando tradicionalmente. Por último, si nos atenemos a ese mismo ámbito temporal en el marco de la Península Ibérica, periodos tan controvertidos de nuestra historia primitiva como el reino de Tartessos o la presencia de los colonizadores orientales (fenicios y griegos) encuentran explicación en esa reducción cronológica de más de 200 años, que se hacía coincidir con etapas de oscuridad que la documentación no podía llenar.

Por lo tanto, y a pesar de que las aportaciones de la arqueología parecen elevar las cronologías del Bronce en el Egeo de acuerdo con la datación del radiocarbono, el planteamiento del presente trabajo en todos los ámbitos de su aplicación (Egipto, Mesopotamia, Israel, Grecia, Troya, Península Itálica, Península Ibérica...) resulta totalmente oportuno y muy bien desarrollado, logrando acabar en muchos de los casos con la debilidad cronológica en que se apoyaban esas etapas oscuras de los países correspondientes.

En resumen, nos encontramos ante un trabajo de investigación en el que se abordan, en cuanto a amplitud territorial, densidad y contenido, to-

dos los contextos culturales del mundo antiguo; en verdad en los años venideros se podrá incidir y profundizar más en dicha problemática, pero en todo caso el punto de partida estará representado por este análisis pionero en la materia.

*Narciso Santos Yanguas*

J. DUCAT, *Les Hilotes*, Bulletin de Correspondance Hellénique, Supplément XX, París 1990, 212 pp.

El punto de partida de este nuevo trabajo sobre los hilotas espartanos (en pp. VII-VIII recoge el autor los estudios más significativos existentes al respecto) no pretende constituir una teoría nueva sobre el problema ni convertirse en una exposición crítica de los diferentes planteamientos llevados a cabo sobre el tema; toma únicamente como base la documentación textual (más literaria que epigráfica) en el convencimiento de que la única forma de hacer progresar el análisis histórico en esa dirección viene dada por la utilización de dichas fuentes de información.

De ahí que tales documentos escritos pasen a convertirse en una especie de estratigrafía sobre los restos del pensamiento producido por los griegos de muy diversa procedencia desde el siglo V a.n.e. al VI de la misma: se tratará, por tanto, de comprender, a través de la dialéctica de los propios griegos, el sistema de esclavitud que funcionó en Esparta durante al etapa clásica de su historia.

Se hace preciso para ello analizar, en primer término, la denominación de hilotas y su connotación esclavista como colectivo o categoría de personas (pp. 7-12); en este sentido existe una visión unitaria y otra dualista, que contemplan en los hilotas un solo grupo o dos respectivamente, puesto que éstos en un principio se hallaban divididos en dos categorías étnicas completamente distintas, los hilotas laconios y los mesenios (pp. 13-18).

En cualquier caso, una de las cuestiones fundamentales que se plantean al hablar del hilotismo está referida a su relación con la propiedad, de manera que a través de los documentos antiguos (recogidos en pp. 20-24) se desprende la idea de la propiedad colectiva de este grupo; por ello su manumisión siempre debería producirse en esta línea y no en la privada (¿existiría conexión entre el castigo de los esclavos y la relación de propiedad?).